

DIARIO DEL CUQUILLO

Día de mi cumpleaños, 1885

Me han regalao esta libreta porque me he de ir bandeando en la escritura, que mis padres quieren hacer de mí un buen pendolista o, a lo menos, que siga educándome en las letras, y como a mí me agrada este entretenimiento en el que pienso educar también a mis hijos, me he decidido a escribir un diario, que es el mejor oficio que me se ocurre para emplear con bien estos papeles, y salir de Judea así en gramática y ortografía.

Inicio aquí por tanto el diario pa llevar la cuenta de lo que me ha de pasar en la vida, y no echar a olvido lo que en ella suele suceder de extraordinario. Y extraordinario no es, a mi entender, “hoy he comio cocido aterrao o cagao de gato” u “hoy he cenao tal o cual”, con lo que estas cosas no las he de poner si no me las llevo a descuido sino otras, como qué ocurrirá el día que me case con Concha Muñano o que tenga yo hijos, que quiero tener muchos, doce o trece, y llamaros Concha, Micaela, Marcela, Moisés... si hay enfermedades o no las hay, o si me premian un décimo que ojalá. También pondré cuándo me envían al ejército o dónde me pille y qué haga en el cambio de siglo del que to el mundo ya habla y que está por llegar. Si es que no hay una desgracia, como dicen, y se acaba el mundo en mil novecientos.

Otras cosas más pondré en este mi diario: si pienso así o asá de Sagasta, de Moret o del mandamás que haya de venir, o si hay una guerra en España, o si me gusta una moza, cómo y cuándo, y otras cosas que iré pensando para esta libreta, con el permiso: si prefiero leer “El Eco” o “El Talborano” y otras cosas...

He aprendió en la escuela los pocos años que fui, que no debo ser prolijo ni trápala, ni tampoco quedarme atrás en lo que diga, y ello me parece tarea más difícil de lo que en principio pensaba, que to no es gramática ni saber las ortografías, así que procuraré no ser tan largo como hasta ahora en lo que se resta: comienzo mi diario, y como he oído que hay que poner la fecha, fecho:

Me llamo Francisco de las Heras Alcojor, y me motejan “Cuquillo”.

A veintiocho de Enero de 1885

Mis padres estuvieron en la guerra contra Napoleón, y mi madre conoció a Guellintón, que le acarició la cara el día que liberó Barbarroya cuando eran ellos dos pequeños. No voy a relatar este sucedido porque no hay más de lo dicho, esto es lo que ellos nos cuentan, pero tampoco comentaré lo que se dice de que un tío mío es hijo de este Guellintón, de aquel día. No, porque es mentira. Al parecer.

Contaré que yo soy nacido en Barbarroya, y que no soy hijo del francés, sino de... en fin, que nací en Barbarroya.

Tálbora es ciudad chica donde no falta el trabajo, y donde encontré a muchos amigos. Una ciudad buena con mucha paz y campo y gentes del lugar, agradables y sanas; y ratos de paz también después del sol. Aquí cualquiera, por fuerza, se siente a gusto.

Nombraré ahora a los amigos con los que me veo. Son ellos: Manolito Rubalcaba, Miguel Fernández, “el raneo”, Teodoro Gil, Eusebio Ovejero y otros. También es mi amigo el cura José Julián, un hombre grande que quiero que sea el que en un futuro a mí me case.

Diré también que a la noche tenemos en Tálbora nuestros minutos de corrobla en la Plaza de la Constitución, que todos llaman del Reloj porque tiene torre. Allí, en esas noches, se reúne medio pueblo, cada quien con los suyos, sobre todo para el verano. Allí me encuentro yo con muchos amigos y con mi gente.

He de hablar un poco de este pueblo ahora: Tálbora se halla distante veinte leguas de Madrid y quince de Toledo. Y

como en todas las pequeñas ciudades de provincia, en Semana Santa hacen torrijas, en Navidades turrón y en Febrero, pa San Blas, caridades. Bien.

Tálbora tie norte, sur, este y oeste. Tie caminos de barro, carros en las calles; dos, tres y hasta cuatro iglesias o más, un escritor de la localidá, un puente romano y alguna estatua; o no, ninguna. O sí, una, de un historiador de cara agria que no sé cómo se llama, que acaban de poner. Un río sí tiene. Cae agua hoy, mañana luce el sol y los domingos, si hace bueno, se pasea.

Bueno, y también hablaré, aunque me da un poco de reparo, que ando detrás de Concha, la que dije que será mi mujer, la hija de la tabernera, a la que también me encuentro y que ya va siendo mía a fuerza de una tarde y otra. La fuerza del ser suyo es lo que me impresionó para engorronarme de esta naranja que cayó en el cesto... en el baile que llaman "Pensamiento" me encapriché, y desde ese aquél me mira bien la Concha, y yo la miro, luego se pone encrestillá, pa que yo la note agria como la cáscara que es, y la busque. La busco y entonces ella no. La dejo de buscar y echa otra mirá. Bueno. Debo darme prisa en hacerla mi novia, porque es mujer mu revuelta y me gusta, pero se me pue escapar, porque es muy viva.

A menudo me gusta echar un rial al periódico y así me entero de la independencia de Cuba, que en febrero se proclamó. ¡Quién pudiera viajar tan lejos y conocer esos otros mundos de gentes tan distintas! Probablemente nunca veré Cuba y ya me gustaría, ya. A veces, digo, me paro a pensar en lo enorme de la tierra, redonda según dicen los sabios. ¡Chacho! ¡Parece mentira que la gravedad, que se llama, nos sostenga a tos sobre una bola! Un día pregunté al maestro Ildefonso, quien me enseñó a escribir, y me dijo que si la tierra fuese plana no tendríamos horizonte salvo que hubiere montañas; que en las tierras anchas y sin cimas (y esto se nota mejor en el mar) se ve que el mundo, a lo lejos, se hace curva, por la señal de que lo último que desaparece en un barco es la punta de su vela, por esto se sabe que allí, el mar, se redondea. ¡Qué cosas!, ¿eh?

Y chacho, ¡el mar!, ¡quién lo viera! ¡Ay! Los que nacemos tierras adentro no podemos ver el mar, ni Cuba, ni viajar tantas leguas, ni tenemos tiempo pa irnos allí, porque hay que apencar a diario. Parece mentira, en esta plaza, en estas noches de verano (¡en este dos de mayo que se organiza, con tanta gente como se junta frente al Hotel “La Española”, en el Lion d’Or algunos, otros simplemente de paseo!), parece mentira pensar que existe una ciudad como esa, Estados Unidos, donde se halla un sabio que ha encontrao el modo de iluminar las calles con electricidad, y ha inventado otros aparatos para conservar la voz humana y la música, y otro para ver moverse las imágenes, y mucho más, y no poderlo ir a ver.

Tengo entendío, según así, que se ha ideao un sistema de viajar sobre la tierra, una máquina, vaya, unos carros de motor que dicen “automóvil” que aún no se sabe... son delirios de estas revistas espectaculares.

Ahora se ha encarecido el pan y los catalanes días tienen que no abren por miedo a que les invadan. La gente selecciona más sus gastos y se las ingenia pa que el bollo les dure. Mi amigo Eusebio, por ejemplo, mete en trapos mojaos lo que sobra, pa el día siguiente. Ya digo, no se pue comprar los panes, y menos revistas, y mucho menos viajar. Aún así, por ser hoy mi cumpleaños hago excepción y el librero del “Arca de Noé” me lo agradece: me he llevao el Eco Talborano. Salía leyéndole y me he encontrao a Concha en una esquina. La he seguío, la he mirao, y ha ocurrio lo que he contaó antes.

No he de romperme más el pensamiento: si me busca, ya saldrá del escondrijo.

Iba a decir: mientras tenemos guerra y no pan, apenas si hay corrobla. Parece que anda perro malo por la calle. En los papeles se avisa, y se insulta al gobierno: que son los gastos de Antillas, que es el déficit, que es el presupuesto mal repartío; mucho pa los militares a costa de subir el pan y los productos...

Un muchacho de por aquí que llaman Tántalo ha reunío en su dominio una pandilla de gamberros que el día que no rompen la ventana de una vecina no se hallan en su cuerpo.

Tántalo es de escopeta y perro. Les habla de la anarquía y de unas ideas “comunistas” que aquí todos llevan en la boca pero sin entenderlas. Sí parece que él las entienda.

Lee Tántalo un periódico extraño y desconocido, “Guerra abierta”, donde se habla de concienciación proletaria y lucha sindical. En fin, son fenómenos que provoca este mal gobierno y algo de hambre, pa algunos mucha.

Y así va el vivir por lo pronto en Tálbora, al minuto de anotarlo con puntos y señas en esta libreta.

* * *

Tálbora es una ciudad de provincias distante varias leguas de Toledo y otras muchas de la capital de España. En Semana Santa venden torrijas, en Navidad turrón y en Febrero, por San Blas, caridades. Bueno, esto ocurre en todas las ciudades. Bien.

Tálbora tiene norte, sur, este y oeste... bien...

Eusebio, el del ferrocarril, trabajaba por aquel año de finales del siglo diecinueve en cierta restauración del puente romano, o en la construcción de algún otro (del cual nos habla y da razón don Ildefonso Fernández y Sánchez en su obra).

Esa mañana había madrugado Eusebio, el del ferrocarril, para ser el primero en la plaza del pan y participar en la contrata de peones, a dedo de pisahierbas. Más madrugador, mucho más que Eusebio había sido Francisquito de las Heras Alcojor, el mozo de Barbarroya: soltero, sin compromiso, y de desbordante curiosidad por todo lo moderno. No por ello se descuidaba Paco en buscar el pan en el trabajo que saliera, que no era un mozo zumbón y virote, sino que se apuntaba a recoger tomates, sembrar trigo, arar hasta cuartar si era preciso, pescar con calimote o echarse sacos al hombro y vadear el río. Lo mismo daba. Bajo mi modesta opinión, se decía a sí mismo, qué mejor cosa hay en la vida de un hombre que ser un hombre, y para ser un hombre qué mejor cosa que el trabajo y a la postre, la familia. Por-

que el hombre está por debajo de Dios. Los animales están por debajo de los hombres y las plantas por debajo de los animales. Todos somos necesarios porque las plantas dan de comer a los animales y las plantas y los animales al hombre. Y el hombre alaba a Dios. En las creencias de los pueblos, ya sean en otros tiempos y en otros siglos o en este, siempre se ha creído que hay un orden, y que todo está regido por todo, y que hay unas leyes para las cosas, que cada cosa tiene su motivo y su porqué, que nada funcionaría si no hubiera un motivo interno que lo mueve. Los niños nacerían con siete brazos o siete piernas o amorfos si no hubiera Dios, llámalo ley divina que da a las cosas una configuración perfecta, llámalo Cristo. Por supuesto que existen monstruos con siete patas y abortos, pero son las excepciones. La mayoría nacen con dos piernas y con dos brazos para trabajar y, por tanto, en este orden, el trabajo dignifica. Existe el día y la noche, las horas, el tiempo, las cosechas exigen su labranza y su recogida, brazos que cultiven y sudor que se derrame. Si no se labra la tierra se muere uno de hambre. Por supuesto que hay ricos que no trabajan y pobres que sí trabajan, pero por debajo de todo esto del sacrificio y de la dureza del campo, cada esfuerzo tiene su beneficio, y cada imprevisión su condena, así lo entendía Paco, y luego estaba la muerte, sí, pero una muerte justa, pues el orden que Dios ha dado a cada cosa hace justo el premio o castigo, o no premio ni castigo, no, no hace falta llamarlo así, sino solo consecuencia. En este convencimiento andaba el cuquillo estirado por la calle, contento de la vida y de sus fuerzas por sacar de ella el beneficio merecido que Dios le otorgara. Convencido y alto cuquillo. Pues él, criaría a sus hijos, sí. Si echaba su cuarto a espadas a los hijos, Dios le bendeciría y sería feliz. Andaba en ello, contento. El trabajo o el hambre. Cosechar o no comer. El justo reparto de la vida. Eso no lo ha puesto el hombre, lo ha puesto Dios. Vengan los comunistas o los anarquista a

repartir las tierras, da igual, Dios era justo. Se sentía protegido así de todo cambio de fortuna que viniera.

Le daba lo mismo también a Eusebio este trabajo o aquél: al fin y al cabo era un jornal, otra perra. ¿Quién la desprecia? ¿Otra paga para completar la de trenero de estación?, ¿quién la deja pasar? Nadie en Tálbora estaba por los fueros de un desprecio en los años de Sagasta, Capdepón y la *discreta Regente*, de paro y, sin embargo, de derroches en Exposiciones Internacionales, ni de dejar pasar un céntimo que se cayese.

No se conocieron allí. Paco y Eusebio se venían conociendo de antes, pero allí se hicieron más amigos, trabajando en la mampostería y en la rodillona de sillería.

A diario marchaban juntos a la obra, se sentaban juntos en los descansos y volvían juntos a casa. Durante ese tiempo ocurrieron varios sucesos en Tálbora: murió gente en los bailes (porque las peleas de novias causan muchas muertes por reyertas en este pueblo), murió gente del cólera morbo africano, líbranos de peste y males, Roque santo peregrino, o de mala higiene la medicina eres sólo de quien devoto te llama. Sí, ocurrieron cosas, dentro de lo que cabe, porque en Tálbora nunca pasa nada... o casi nunca. Pasa lo habitual, lo de siempre. Hasta que un día Paco encontró a Concha. Pero esto únicamente quedó recogido en su diario. Ese día sí pasó algo de veras.

Concha, mujer grande, había acudido al baile Pensamiento, pero no bailaba.

¡Ay, el día que pasó!

¡Ay, Paco, siempre educado y cortés! No se cruzaron ni una palabra. Le echó la vista encima Paco y en esta ocasión Concha no se la apartó hasta que no dio la vuelta por el Cañillo. Fue la señal.

Y una tarde doña Micaela anduvo de trajes con la tabernera, llamándose consuegras entre ellas.

Y una mañana (dichoso es el hombre, dichoso su espejo y su sombra, su monumento) se sorprendió la ma-

dre de Paquito vistiendo a su propio hijo para la boda –lo que son las cosas, cómo pasa el tiempo–. Esa mañana, ella, Conchona, la orgullosa, también se vestiría, ¡de novia! Y se casó con el de las Heras. Y fueron al Lion d’Or a celebrar el banquete. Y Eusebio se quedó a la puerta de la Ermita.

Allí se acercó mister Woodbridge (Mr Wildman Woodbridge Patton) a presentar sus respetos y a ofrecer los servicios del Lion d’Or en nombre del dueño, claro está, don Alejandro Manterola a los recién casados.

1889

Tiempo hace que no uso la libreta y ya es hora de perfilar algunos asuntos que han ocurrido. Aunque no lo pasé a papel en su fecha, hoy lo anoto: que logré a Concha Muñano, la hija de la tabernera y antier, como quien dice, nos casamos. Vivimos en una casa de la Portiña San Miguel y ya andamos por los hijos. Yo, más al río ahora porque la vida de casao te da estos trabajos. Aparte pescar, enseñé el arte a otros, al Raneo o a Manolito Rubalcaba. Cómo usar la boya de la madera misma de los árboles de los márgenes pa que al caer al río las carpas no extrañen el material, o cómo mezclar patata cocida con azúcar pa el cebo, y a destensar el hilo en el momento que se crece el pez, en la confianza. A Concha le he montao un puesto en la Calle de las Verduras para que vaya mercando lo que yo meto en el esportillón, y dello vivimos.

Cosa de ver que ha ocurrido en Tálbora: que mi maestro don Ildefonso Fernández, que es sabio y que investiga ruinas, ayer vino en descubrir una muerta, que dicen que se llama Leonor y es reina. Íbase con él don José Sanguino, el doctor, para decirle qué conclusión sacaba. Total, que Tálbora es ciudad de reinas y de líos de esos que tiene la historia, de conflictos muy antiqüísimos de caballería y, total, que nos acabamos de enterar por este cadáver de la Colegiata, que Tálbora tuvo una reina muerta que ahora ha apareció en los muros de una iglesia y que los sabios están investigando. Allá ellos.

Sobre mí, ¡que me han empezao a llamar el “cuco”! desde el día que tuve la idea de entrar en Tálbora con una pluma en el sombrero de cuquillo, prendía: ¡“Cuquillo” me llaman!

He de contarlo en este diario porque es cosa de curiosidá: hubo medio tormenta aquella hora y la juncia y la mosilla mojá de los árboles olía fuerte, como pasa en las tormentas. Andaba yo no sé qué haciendo, por los Cerros Negros, y la tarde se puso rara, oscura a las dos de la tarde. Entonces vino hacia mí el pájaro azul, que no era marrón, sino azul, que suelen ser azules los cuclillos. Recuerdo que era esto... a tres de Abril, como dice el refrán, por lo que la magia es mayor. Y el cuclillo de abril me quitó casi el sombrero, como si quisiera pelear conmigo o acariciarme o darme indicación de algo, que si no fuera porque soy hombre racional que tiene las patas sobre la tierra diría que me quería dar un mensaje, que aquel animal pensaba de mi modo y tenía inteligencia humana, porque su mirar era de hombre. Dejó una pluma, una sola, allá en el suelo. Yo me la recogí y al levantar la cabeza despejó el cielo empendolao, la color de las nubes cambió a amarillo y la tarde se puso en su ser; y aquella pluma perdió el brillo valioso que tenía para tomar otro azul igual pero menos puro. No vi al cuclillo más.

No soy yo de los que aprueban los rezos y las letanías, ni siquiera en estos malos trances del misterio, porque no es seguro que Dios exista y además es engaño de curas, pero recé mucho a mi Virgencita del Prado en aquel Cerro Negro, y bajé en cuatro zancadas a la ciudad. No hay porque aciscarse, pensé luego. Al contrario, que el pájaro me dejó una paz dentro que me impulsó a colocarme su pluma, y esto es señal que era un cuclillo bueno. Ya lo tenía olvidao cuando el abulago, que se hallaba sentao al pie de la Puerta del Río, se burló de mí: Francisco, ¡chacho!, ¿qué llevas en el sombrero? Fue él quien me puso el motejo, y desde entonces así me motejan: el cuquillo. Con cuquillo me he quedao pa los restos, y pa que lo hereden mis hijos y los choznos, me temo, porque estas cosas son así.

Ello ocurrió en 1886. Al poco tiempo derribaron, por cierto, el Arco San Pedro. Es un dolor que derribaran el Arco San Pedro. ¿Que se podía venir abajo, decían? ¡Alguna manera hubiera pa restaurarlo! Ahora ya no, desde luego, que ya está derribao. Al derribo acudimos Concha y yo. Estaba llena la plaza. Hubo bailes y se bailó la jota de Tálbora, al derribo. Mira que...

Nos casamos en la Ermita, dije. El mismo día de nuestra boda dicen que a Ruiz de Luna, el decorador, le dio por tirar unas placas de fotografías en las calles. Fue suceso muy referido porque el arte de las fotos causa novedad; sólo de tarde en vez algún pisahierbas, para la boda de algún mayorazgo, se permite el retrato, que es un lujo. Nunca antes se había sacado el magnesio a la calle: Ruiz de Luna tomó daguerrotipos de las principales, Corredera del Cristo, Mesones, Carnicerías... la gente salía de los comercios en busca de la inmortalidad. No sabían qué cara poner pa el año dos mil. La seguridad de que hasta sus propios choznos los habrán de mirar a través de un papel les volvía a arrinconar junto a la columnata, pero dejándose ver de medio afuera de un portal, procurando indiferencia pa evitar crítica.

Nos casamos.

Y ya por último he de poner al diario que mi Concha se halla embarazada del primero de los hijos, y esperemos que vengan más. Así quiera la Virgen del Prado que lo tenga sin ninguna dificultad, y que sea una larga lista los hijos que tengamos pa ofrecer a la vida. Quiera la Virgen del Prado que el nuevo siglo, que al caer está, nos haya de ver a todos. Sanos y a mí formando una gran familia. Amén.

1892

Van naciéndome los hijos y llenan de alegría mi casa. Al primero lo pusimos Esteban Romualdo y cuenta ahora dos años. La segunda, niña, y Fidela la hemos puesto. A poco que nos descuidemos vamos por un tercero que si nace varón hemos de llamarle Pedro y si mujer Micaela como madre, que en paz descanse.

La pesca nos da dinero para vivir pobres, pero el derribo del Teatro Viejo y la Puerta de Zamora (que también se ha derribado este arco. Nos da pena que anden destrozando las murallas que datan de los moros), me proporcionó nuevos ingresos en los trabajos de obra, como esportillero.

Todos los sacrificios y los más duros estribajes los sobrellevo gracias a estos endinos que corren por casa, que hacen gracias y quitan el mal sabor. ¡Y me han de vivir! ¡Me han de vivir todos los hijos porque tienen salud!

Esta mañana andaba la gente embazada con el ajusticiamiento de un hombre en el cementerio, un hombre de Velada que había matao a un pisabierbas en un mal trance. Lo comentaban. Pero a mí ya no me interesa nada, desde que tengo hijos. ¡Cómo regudean cuando vengo de la pesca, y cómo están buenos los dos, Esteban y Fidela, y la vida sacrificá pero buena que ellos me dan! Nada hablo del crimen y ni del de Velada, que no me interesa. ¡Mis hijos!

¡Y Concha! Concha es fuerte como un arao y me dará muchos más, porque quiero muchos más. Concha es una buena mujer.

Sin fecha, mes de Abril.

Andan viniendo muchos guardias civiles de casa en puerta a buscar mozos pa la guerra de Antillas. Los venenos de la política de los últimos días han traído el hundimiento de un paquebote en esa ultramar y han dicho en las Cortes que hay que luchar. Lo que pasa es que la juventud no está concienciá de ningún ideal, aunque les suene aquello de que las colonias de España son las más grandes, admiren su grandeza de antaño y les guste y agrade pensar en el poderío de la nación. Lo que tenía que hacer don Práxedes es decir verdá y claridades: que estos llamados “los americanos de Norteamérica”, que sólo saben ganar dinero pa vender sus cerdos, también valen pa ganarnos una guerra, que hay muchos inventos y muchas novedades y armamento de gran calibre que ellos tienen, y no como afirman otros del gobierno y la prensa, que nos mienten. Y nos mienten con conciencia. Por eso y no por menos sufrimos

hoy este entusiasmo jarocho, ¡por la ausencia de verdad! ¡Hay entusiasmo y aún así es tristura ver esos golpes!, ver que se los llevan ataos a los trenes, hacia Cádiz, donde los embarcan en cruceros y torpederos. ¡A las Colonias! Ayer se llevaron a Manolito Rubalcaba, que deja una mujer en Tálbora y temo que, a poco que me descuide, me lleven también a mí... ¡porque a Miguel Correa le interesa mucho esta guerra y, claro, la paga el pueblo con sus brazos, hambre y vidas! ¡Como ayer con Azcárraga o antier con Domínguez, las guerras no son pa ellos, los ministros!; ¡son que, mientras las peleas entre bezinas se solventan entre dos y con las sangres de cada una, los arrestos de los espumaos se demuestran con riñones ajenos que nada saben ni conocen ni entienden de la riña, porque nada se les ha explicao! Se les coloca un sargento al frente, y a salvar la causa, una cualquiera, pero la sulla, la de los gordos, no la de cada uno. Pero nosotros tenemos hijos, ¡hijos! ¿A qué viene ahora el gobierno a salvar sus colonias y a costa de privar de cuidados a nuestros retoños? ¡Si supiera esta recua que con un soplo apenas, uníos todos, no habría cuba ni filipinas, ni obligación de morir...!, ¡pero nos sacan de uno en uno, y así, de uno en uno, tres guardia civiles pueden meter a Tálbora entera en un vagón!, ¡porque cuando sale detenío el mozo que hace parez contigo en la finca de al lao pa las Antillas, tú no sales a impedirlo en masa, con diez mil obreros como tú pa pedir justicia, no, tú, y tú, y yo, y tos nos quedamos en el cuarto encerraos, porque el pueblo solo reza p'adentro, con la gloria pininsular enquistá y metía en cuatro periódicos que hablan de ella, eso sí, pero despovlándose Tálbora ca día más! ¿Gloria de unas colonias? ¿Qué es eso, para quienes tienen hijos que alimentar?

Me emociono mucho pensando estas cosas. Pensando que yo corro también peligro de ir y no atiengo a la gramática ni a la ortografía, como es el deber.

Pero es que, si es cierto que algunos van de su grado, otros muchos no, y otros, tras dejarse convencer por estos aires, luego, si les toca, han de venir a buscarles también a ellos, con tó lo que tien predicao de victoria y españolidad.

Hasta yo mismo, como digo. Yo mismo me he avergonzao de decirle a Concha, a mi mujer: Mira, Concha, resulta que se llevan a mi mejor amigo, Eusebio Ovejero, a las Filipinas, pero me da mieo dar la cara por él. ¡Este embazamiento a última hora, cuando le vienen al pobre a cazar con tenazón...! Me ha molesto decírselo, confesárselo a Concha, que no le voy a ayudar, y que me ha molesto no ayudarlo porque soy yo el primero que, de llegar el Angiolillo con los resucitados de Monjuic, que lo pusiera tó patas con codos, sería yo el primero que les acercara la pistola pa hacer su revolución, pero si de este trance sólo voy a sacar la desventura de una mala fama, y que me vean por Tálbora maniatao porque me he sublevao de revolucionario, prefiero decirle a Concha: mira, Concha, de nada habría de servir que me echase yo a la calle a dar una voz o dos, además él no iba a querer tampoco. Aún así me ha avergonzao decirlo. Pero, yo detenío, no entrarían perras en casa, y con los hijos, y ahora que nos ha nació Pedro, ¡que de repente se ha puesto malo!, y con la otra, Micaela, recién nacía, me da apuro dejarles solos y que me detengan. Por eso, perdóname por mi cobardía. Y Concha me ha comprendío: es de ver que la familia ha creció, que no lo he contaó desde la última vez que puse algo a esta libreta. Y la familia numerosa te hace solapón, y las ideas ya no te sirven. O te se van adaptando cuando hay bocas. ¡Si fuese solo ya podría yo ser el revolucionario que quiero, ya podría, pero así...!

Me ha avergonzao luego mirarle a la cara al Eusebio cuando volvió de las Filipinas. Nos ha relatao con gusto... digo con gusto en el contárnoslo, porque sufría una enfermedad... que vino cansao y que estuvo como mu malo unos días. Que le llevaron en un vagón de madera hasta Manila, y pudo morir allí de no comer ni beber. Dejaba a Presentación, su novia, en este lado del mar. Si él moría quedaría por casar la pobre muchacha, después de tantos años de novios los dos.

Escribo lo que él mismo cuenta, apenas recién llegao de la guerra aquella con una enfermedad de un árbol que por allí produce picores. Y nos cuenta entre los gritos de la cura que

le practica el médico Sanguino, que, una vez en los vagones se enteró de la situación de una ciudad de las Antillas, llamada Baler. Nos habla del comandante de las Morenas. Nos dice que hacía mucho frío en esos vagones, dice, y que más de uno tuvo pulmonía. Pero aún no era la situación tan peligrosa como luego se puso en Manila, ¡y lo que le esperaba al hombre luego!

Como era tanto el dolor y cansancio de Eusebio, al regresar de Cuba, dejó de relatar su aventura y ya no he de saber más hasta que no cure del todo. Cuando sepa volveré a decir en la libreta cómo sigue su historia de la guerra, donde dice que pasó mucho. Veremos.

a 19 de Abril de 1899

15 de Mayo de 1899

Ya se ha curao el Eusebio y nos ha reunío a todos para terminar su historia de Cuba.

Nos contó el Eusebio que el viaje por mar fue prodigio. Nunca había montao antes en barco y las olas abriéndose a dos, al paso del buque, le pareció un milagro que no se cansaba de contemplar. Cuando podía se asomaba a un costao y echaba los ojos a aquel azul, a aquella babilla blanca que se sale de debajo de los motores y parece la leche que hierve. ¡Y qué prodigio debe ser el de los buques, qué adelantos! ¡El tren y esto, qué adelantos! Cada vez se inventan más mecanismos para ir por tierra y mar, y parece que pronto hasta podremos volar con aparatos de carbonilla que habrá para el cielo, tal como si fuésemos sobre rieles. Tal dicen que un día los pisahierbas de los pequeños lugares como Tálbora, y no sólo los ricos de Madrid y la capitalidad, tendrán el automóvil. Finalmente las revistas que anunciaban la revolución del aparato norteamericano tenían razón.

En fin, cuenta el Eusebio que cuando pararon en Madrid un cabo les propuso ver la casa o museo donde se exponen unos... prototipos, que se llaman, que han traío de Barcelona. Es curioso, Eusebio, le dije: tú, de camino a la batalla contra

los Yanquis pero viendo sus inventos... viajando. ¿Y qué he de hacer?, me contestó. A mí a la guerra me llevan, pero me gustan los aparatos, como a ti, y ¿no había yo visto nunca “el automóvil”, que llaman? Pues allí había uno y allí me fui a verle, ¿qué iba a hacer? ¡Si vieras, Paco! Pero no hubo mucho tiempo de detenernos, porque nos obligaron a seguir viaje a Andalucía, de en seguía.

Ya en el puerto Cadiz vimos también unos dibujos del dichoso “Automóvil” en un cartel. ¡Lo que hubiera dao por conducir siquiera tres minutos!, le dije yo. Y yo, dijo él. Y luego también dijo él: pero no, no quedaba tampoco mucho espacio pa la ilusión, Paco, y en seguida otra vez embarcamos en el buque. Aunque nos pareció mu grande nuestro buque, era pequeño según dijeron los gaditanos del puerto, comparao con los cruceros del contraalmirante que no hace mucho había partido de aquí y que dicen tenían una pinta gloriosa, de triunfo.

Esa estela en un principio les ordenaron seguir a Eusebio y su compañía. La de los grandes buques. Y en viaje, y dentro el atrefato del ejército español, supieron que los Yanquis habían declarao la guerra oficial, y desviaron el rumbo y el capitán del barco ya no supo si varar en un pueblo que se llama Daiquiri y ayudar en Cuba o cruzar el mar hasta otro pueblo que se llama Mindanao y una vez allí, no supo si ayudar en otro que se llama Cagallán, o, dice Eusebio, en Davao... llevo tos estos pueblos apuntaos en papel porque lo quiero dejar en recuerdo de la libreta tal como son pa que se sepa donde ha estao el Eusebio, por si quien lo lea en el futuro y sabe donde están lea los nombres y vea que no descuido yo punto geográfico alguno. Finalmente, no sabe Eusebio cómo acabaron en un puerto que dicen Cábite, en el frente, pegando tiros contra fantasmas. ¡Qué lucha debió levantarse allí! Porque ya no era contra los tagalos contra los que luchaban (los tagalos son indios filipinos, dice Eusebio) luchaban ya contra el imperio de Norteamérica (claramente) que tienen terribles armas, cañones que dicen “largo alcance” y rifles muy modernos, mientras a los compañeros y a Eusebio apenas les

sobran patas pa correr. Cuando me reí por lo de los patas pa correr, se enfadó mucho conmigo Eusebio. ¿Pies pa correr?, ¡No! Gritábamos de rabia por dentro. ¿Pies pa correr? Nos mantuvimos luchando, enguillotaos ahí, bajo el bombardeo. La sangre mala se te vuelve toa junta en el vientre al ver a los veteranos espechaos, y ganas te entran de salvar aquel pedazo tierra, aquellas islas, ¡pa España! Hasta el mozo que llegó a la batalla a fuerza de guardias civiles, hasta ese tornose en corajudo, capaz de morir sin detenerse a cavilar, y ni los insectos y el mal agua, ni por más barcos que hunda el enemigo, ni que sean ellos dos mil ni nosotros veinte, nada nos floreaba, ¡seguimos matando! ¡pese a la bajeza de nuestro gobierno, pese a los apañuscos en las conferencias mundiales! ¡Hasta ganar en la batalla! Ni que llovieran tiros ni que nos faltaram víveres, tropas, to! ¡Hasta ganar la guerra! y viva Martín Cerezo! Quiero decir... esto en realidad es lo que dijo Eusebio, mu exaltao, y aquí lo pongo tal cual, pa que se vea no sólo lo que dijo sino cómo lo dijo. Es cierto que en la prensa venía a diario los apañuscos en esas conferencias que dice el Eusebio y otras cosas de cavilar sobre la mala política, por eso la indignación. Suya y mía. Porque a tos los que le oíamos, según nos iba dando datos, nos contagiaba.

Ya con más tristeza, que le salía del corazón y se le comía los ojos, nos reveló el Eusebio su sentir de aquella desgracia terrible... sí, de vuelta en los barcos, apenas perdidas ya las islas y derrotaos, se dio cuenta Eusebio que no había disfrutao de esta tierra, los productos, de los cuales reluce el arroz y los puros que se fumaban los enemigos de tiro en tiro pa dar envidia; el maíz, que también lo tienen bueno, el abacá, de donde se saca el vestío pa ricas ropas y mantones, y sus maizales... que esto ya lo dije. Dice el Eusebio que to esto había en las Filipinas, pero que lo vieron al final, cuando se rindieron, que hasta entonces pasaron mucha hambre, por lo visto, según nos lo contaba, entre lágrimas. A limón suarve por lo visto dice el Eusebio que saben las que allí dicen ananás, unas frutas que él comió. Pero las comieron al final. Hasta que no se